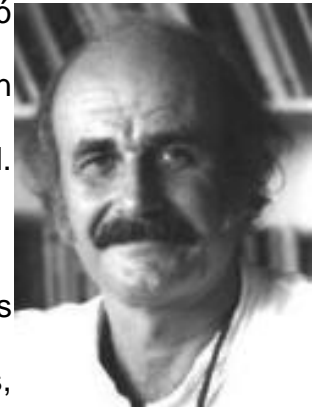




Disney World, viaje a otra dimensión¹

Kalman Barsy

¿Quién no ha deseado o alguna vez –al menos cuando era niño- conocer a Mickey Mouse o al pato Donald? El escritor Kalman Barsy visitó Disney World y disfrutó tanto como sus hijos. Pero también descubrió que tras la fantasía anida agazapada otra realidad. Prueba de ello es el curioso comportamiento de los gorilas.



La primera visita tiene que ser a Magic Kingdom, estamos de acuerdo. Después de todo, hemos venido aquí por los chicos, para que los chicos disfruten y tengan también esta experiencia, para que no se sientan menos cuando sus compañeros se les asombren, crueles y burlones: "¿Qué tú no has ido a Disney-...!" Nos subimos al Mitsubishi color púrpura desvaído de la Alamo Rent-a-Car y partimos hacia el reino de la fantasía, por la 192 abajo. Viniendo de otras carreteras, la perfección del pavimento resulta asombrosa, y el auto rueda suave y sereno, como en un comercial de suspensión independiente. Grandes carteles verdes nos van anunciando con calculada anticipación las diferentes salidas de la autopista. Todo está perfectamente organizado para llegar, sano, salvo y contento, pero yo igual me paso la salida y tengo que retomar la autopista en sentido inverso. Es que me ha desconcertado la salida que dice "Magic Kingdom 1/2 miles", exactamente igual a las demás, es decir, a las verdaderas.

--¿Qué esperabas?-me regañan-. ¿Un cartel de Mickey Mouse?

1. Ponencia leída en la cuarta sesión del seminario de investigación interdisciplinaria el 18 de noviembre de 2005. Originalmente publicado en la Revista Crónica, lateral, enero 98.

No lo sé, pero de todos modos resulta inquietante; es como encontrar a Superman o a Blancanieves en la guía telefónica. Llegamos a un peaje, también perteneciente al mundo real de las autopistas, pagamos cinco verdaderos dólares y entramos en un inmenso parque de estacionamiento donde una falange de bien adiestrados jóvenes orienta el tránsito con hitleriana eficiencia. A partir de aquí ya no guío más. La organización Disney nos lleva, transportados en masa por el interior mecánico del reino de la fantasía. Somos una multitud, más que festiva, expectante. El cuerpo colectivo se va engrosando con los que desembocan interminablemente de las filas de automóviles y convergemos sobre la plataforma del trencito con ruedas de goma que nos lleva hasta la estación del monorraíl. Vienen uno tras otro y casi no hay espera. El rebaño humano fluye en orden, puyado como buey por las instrucciones de los altavoces. Todos nuestros posibles desplazamientos están previstos de antemano y la voz nos advierte/ordena los más mínimos pasos a seguir: no abordar el tren hasta que no esté completamente detenido; desplazarse hasta el final del asiento; los niños pequeños al medio: nadie en los estribos; recordar el nombre del lote y el número de estacionamiento. Con robótica cordialidad, la voz agrega una genérica bienvenida con nombre propio (Bob, Kimberly, John, María...) y nos desea que disfrutemos del día. De aquí en adelante todo será decidido en lugar nuestro y a esta dulce pasividad nos abandonamos en cuerpo y alma (Cesó todo y déjeme/ Dejando mi cuidado/ Entre las azucenas olvidado). La diversión está garantizada (más cierta que la luz de mediodía) y sólo nos toca *entregarnos* a ella. En efecto hay algo de abandono místico en la aliviada pasividad de estas masas sudorosas que se disponen a traspasar el portal de Magic Kingdom. Hay dos caminos (o vías) para llegar: por monorraíl o por barco. Para acentuar el efecto de la *unitio* mística en ciernes, recomiendo el segundo. Se trata de

un trasbordador o *ferry* que se desliza como en un sueño sobre las aguas quietas de un lago impoluto, mientras va creciendo en la distancia el perfil de la ciudad de fantasía, con sus torres esfumadas y su promesa de felicidad. El momento tiene mucho de anticipación mística: estamos a punto de ingresar en otra dimensión. Esto no es entretenimiento; esto es diversión, en el sentido más absoluto del término: desviar la conciencia de ser hacia el olvido de esa conciencia de otredad. El Mundo Disney es una propuesta total: ingresar en él conlleva un abandono de sí y una entrega a lo que está por venir, al modo de las almas que Dante imaginó frente al portal de la otra vida -"Lasclate ogni espe_ranza vol qui entrate"-.

En el palacio de Cenicienta

La llegada es una experiencia entre el asombro y la inquietud. Allí está el



palacio de Cenicienta, tantas veces representado en la pantalla. Y siguiendo hacia arriba por la calle empedrada, una plaza real, pero de otro tiempo, con tranvías halados por robustos percherones de carne y hueso, hermosamente enjaezados. En la plaza hay una estatua

de verdadero bronce: representa al creador de estas fantasías, ahora materializadas, acompañado (¿quién acompaña a quién?) de la más emblemática de sus criaturas imaginarias: Mickey Mouse. El bronce los iguala. Ahora el que vivió y fue -el hombre Walt Disney- y el que nunca fue pero pervive -el *nosferatu* roedor imaginario- adornan la plaza cual centauro de realidad y fantasía. No es, ni por mucho, la primera vez que el bronce o la piedra eternizan a seres imaginarios. La sirenita del puerto de

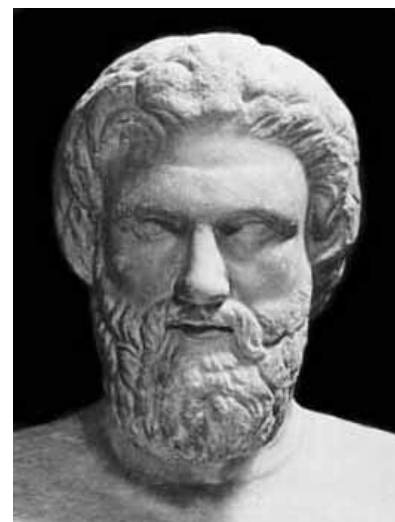
Copenhague, la esfinge, de las gárgolas de las catedrales medievales y gran parte de la imaginería religiosa son algunos ejemplos. Lo original y tal vez único es la borgiana perversidad de fundir en un solo bronce al soñador y al soñado.

Por momentos, esta masa de gente dispersa entre tantas múltiples ofertas se aglutina y marcha como un solo hombre en una misma dirección. Nos movilizan los espectáculos programados a determinadas horas que se anuncian en el folleto con el mapa del Reino Mágico, recogido a la entrada. Junto a la calle principal, con el emblemático castillo al fondo, contemplamos el famoso desfile Disney. Las carrozas vienen precedidas por un enjambre de patinadores en disfraz de personajes que realizan piruetas y acrobacias mientras bailan a ritmo con la música. "Mickey ma-ni-a, Mickey ma-ni-a", insiste la voz amplificada del sistema móvil de altavoces. Sobre la carroza principal, la cabezota desaforada del susodicho, ayer personaje de tirillas cómicas y dibujos animados, hoy objeto de culto. Hay peluches de Mickey, pósters de Mickey, camisetas, gorras, máscaras, tarjetas postales, globos, chinelas, goma de mascar, útiles escolares, etc., etc.: una vasta imaginería comercial mercadeada hasta los últimos rincones del planeta. Dudo que exista un rostro más conocido en la tierra que el del simpático ratoncito. Pero ¿se trata de un ratón, aunque sea la caricatura de un ratón? Sus primerísimas manifestaciones en los dibujos animados todavía retenían algo de ese animalito: al menos vivía en una especie de cueva y su enemigo era el gato. Pero pronto se humanizó: cambió cueva por casa, adquirió un automóvil, se puso ropa. Lo vemos hablando por teléfono, llevándole flores a su novia en el día de su cumpleaños. Inclusive es dueño de un perro, Pluto, que no habla pero tiene dientes de humano.

Animales como dioses

Desde Aristófanes hasta el presente, tanto la animalización de los humanos como la humanización de los animales han sido una fuente inagotable de sátira y comicidad. Nos parece gracioso un señor con cara de caballo o un cerdo parecido a alguien que conocernos.

Pero hoy, en nuestra cultura urbana, el vínculo con el reino animal se ha cortado y es prácticamente inexistente, sobre todo entre los niños. Aun sin referente, el efecto cómico sobrevive. Mickey Mouse, el Pato Donald, Tribilín son



graciosos en sí mismos, disociados para siempre de la lejana criatura que inspiró un día la caricatura original. Hoy son construcciones autónomas que no necesitan del referente de la realidad para interactuar con ella. Universalizados en la psique colectiva por los medios masivos de la industria del entretenimiento, ni siquiera necesitan *hacer* para *ser*. Hace muchos años que Mickey no protagoniza películas. A la manera de los dioses, su existencia es estática, inamovible en el imaginario colectivo mientras se siga reproduciendo al infinito el logo de su imagen. Salvadas las diferencias, es el mismo mecanismo que nos hace fieles de determinado dios o incondicionales de determinado partido. Su construcción -de dinámica - estática, de vivencia a emblema- es la misma que la de los candidatos presidenciales o el papel higiénico Charmin.

Recorremos en carrusel acuático el mundo encantado de Blancanieves. A lo largo del cavernoso recorrido van materializándose las conocidas

imágenes de la película en una selección de los núcleos narrativos más importantes.

Es una buena selección: berrinche de la reina menopáusica ante la franqueza del espejo (inauguración del conflicto); la desobediencia del cazador, que perdona la vida a Blancanieves y la abandona en el bosque (se establece el desequilibrio); cohabitación de Blancanieves con los siete enanitos (un verdadero festín para interpretaciones freudianas); Blancanieves en estado cataléptico, atorada por la manzana/virgo; muerte de la reina malvada en forma de bruja, etc., etc.; hasta el beso necrófilo del Príncipe y el destape final. A los niños, que nada sospechan de estas intertextualidades, les ha encantado, ¡y a mí también! Para mi propia sorpresa, lejos de verlo todo con condescendiente displicencia de adulto metido en niñerías, lo disfruto plenamente. Lo mismo en "Splash Mountain", una deliciosa recreación robotizada del mundo imaginario de los cuentos del tío Remus, que yo leía en las revistas de historietas de mi niñez. En cambio, el recorrido por la selva de pacotilla (Jungle Journey) a bordo de una falsa réplica de las embarcaciones que remontaban el río Congo y acosado por ridículas fieras de plástico, me resulta absolutamente detestable. Aquí me siento estafado, ofendido por lo que interpreto como una burda imitación que pretende engañarme. ¿Por qué así, cuando los otros recorridos me encantaron? ¿Seguiré siendo, en el fondo, un niño y tendría que ver con el candor infantil el éxito o el fracaso de la maquinación Disney? El mundo imaginario de Blancanieves o el "bayou" donde el Hermano Zorro y el Hermano Oso persiguen incansablemente al Hermano Conejo no falsifican, crean. Esos mundos, aunque lejanamente inspirados en el mundo real, se nos plantean como creaciones autónomas, verdaderas dimensiones alternas liberadas de la particular estética que exigimos para el otro -esto es, su *autenticidad*-. Las flores de seda, con su

artificialidad asumida, no repugnan la sensibilidad; las de plástico sí: y aceptamos la sustitución. Al igual que los mundos imaginarios que inventa la fantasía, aquéllas son creaciones nuevas; éstas -las de plástico- son un engaño y una mistificación de los sentidos. Pretenden ser como las reales sin serlo y no les perdonamos esa usurpación ni la intención de estafarnos -sobre todo si están bien hechas-. De hecho, cuanto mejor la imitación, mayor el engaño, mayor la amenaza.

Al tercer día se tapa el lavamanos en la habitación del hotel y converso con el plomero. Agobiado de irrealidades, quiero saber dónde vive la gente de verdad -los que no son turistas o piratas del turismo- en esta urbe brotada en torno a las ciudadelas de fantasía del conglomerado Disney. No estoy seguro si entiende lo que quiero decirle (ni yo mismo sé bien qué estoy buscando), y entonces le hablo de los precios. Ahora sí nos entendemos y el plomero ríe. Esta irrealidad tan Disney que parece pernearlo todo, tan difusa, le resulta palpable en la inflación de precios (de la zona turística. ¿Existe otra zona? Me habla de una casa que alquilaba antes y de la que alquila ahora por menos de la mitad, en otro sector de Kissimee, hacia el oeste. Más tarde, al caer el sol, salgo a dar una vuelta en el Mitsubishi por donde me elijo el plomero. ¿Qué busco? Señales de vida, supongo: los olores y sonidos de la habitación humana, el humo ancestral de los fogones, risa, llantos de niños, alguna pareja besándose en la oscuridad sobre el banco de algún parque, gente asomada a las ventanas de las casas, gente caminando por la acera, voces vivas, humanas, detrás del bableteo de los televisores, aunque sea. No encuentro nada. Todo es extendido, lejano, aséptico. Las casas mudas, muy separadas entre sí, simulan una comunidad.

Un paisaje de realidad artificial

A lo largo de la ancha avenida para automóviles, como un río iluminado, se repiten los *fast food* de la misma cadena: cada tantas millas un "Sizzler", un "Burger King", un "Ponderosa". Los carteles luminosos que los anuncian son de dimensiones colosales, calculados para captar el ojo a setenta y cinco millas por hora. Se borran los hitos, todo es igual, replica exacta de sí mismo. Vastos fragmentos de utilería asedian al automovilista desde la noche: el caballo de "Arabian Nights", el dragón de "Splendid China", la naranja de "Orange Julius", el castillo de "Medieval Times". El paisaje entero gira chupando en un vórtice de realidad artificial. Me detengo en un supermercado cualquiera. El plomero tenía razón, por aquí los precios son más bajos. ¿Dónde estoy?

Este gusto por el facsímile, esta obsesión falsilicitoria que encuentra su mejor epifanía en el conglomerado Disney, es -más que tina manía- un rasgo característico de la *American civilization*.

Hace unos años estuve en Estes Park, un parque nacional en el estado de Colorado. En un estrecho valle, en medio de un paisaje de espectacular belleza natural, hay un pequeño pueblo de utilería, réplica exacta (le los pueblos del Oeste del siglo pasado. Todo allí es rigurosamente falso: falso el quinqué de queroseno que cuelga de las toscas vigas del techo en el almacén de ramos generales, falso el carretón de mulas estacionado junto al palenque y falsas las muescas de pretendidas cuchilladas en la madera del mostrador en la taberna. Las fachadas de las casas son réplicas fieles de aquellas toscas construcciones de los pueblos de la frontera que tanto hemos visto en películas, pero en su interior albergan tiendas de *souvenirs* que venden de todo. Pretenden, claro está, crear un ambiente; que el visitante se sienta ilusoriamente transportado al pasado (imaginado) de esta región del Oeste y desde

ese estado de ánimo, compre cosas, Es una antigüedad prefabricada que se disfraza de auténtica, como si la autenticidad del presente --la verdadera autenticidad, valga la redundancia- nunca fuera suficiente. El resultado es una cuasi antigüedad, un pueblo que es real, en el sentido de que sus casas y los objetos de uso que encontramos en ellas lo son en el presente (las casas están habitadas, las sillas son para sentarse, etc.); pero falso en cuanto a su procedencia del pasado. Su credibilidad o no -como las flores de plástico o el recorrido por la selva artificial dependerá de la calidad de la falsificación, pero también de la experiencia de lo auténtico que tenga el público. En este sentido, el público americano es el consumidor óptimo de facsímiles por excelencia. Su vida cotidiana, más que en ninguna otra parte, está permanentemente asediada por la artillería pesada de la sociedad de consumo, cuya propuesta medular es, precisamente, la aceptación por parte de las masas de lo cuasi-auténtico por lo verdadero. Un paseo por el supermercado resulta revelador. Las manzanas, las ciruelas, los tomates nos tientan con el rubor de sus colores en sazón. Al morderlos saben casi como la fruta madura. Pero éstas nunca llegarán a madurar. Han sido tratadas con un gas que acelera artificialmente el proceso ole maduración y es éste su sabor definitivo: un pseudo sabor que evoca -casi- el sabor verdadero. Desde la góndola de las pastas nos asedia el múltiple reclamo de autenticidad étnica: todas las salsas quieren ser italianísimas y caseras, cuando ninguna lo es -"Ronzoni sono (cuasi) buoni"-. Mrs. Filbert y Sarah Lee, esas falsas abuelas, nos ofrecen sus tartas de manzanas congeladas y, en la sección de *health food*, los cereales compiten salvajemente por probarnos que son los verdaderos cereales de antes, de aquella América que pintó Norman Rockwell, inocente de pesticidas y colorantes. El paladar de nuestros hijos, educado en la falsificación, ya

confunde los sabores. Es una generación que unta el pan con margarina y no puede creer que no sea mantequilla ("I can't believe it's not butter!", dice una marca de margarina.)

Una cuasi experiencia

Contemplo al oso blanco, cautivo en su ilusorio hábitat polar, al otro lado del grueso vidrio de la descomunal pecera que nos alberga a ambos en este ingenioso microcosmos "Wild Artic". Para llegar a la base en el Polo hay dos opciones: el trasbordador submarino o el helicóptero. La fila más corta era lo primero y descendimos al fondo del mar en un ascensor que simula campana de profundidad. Los empleados están vestidos con los uniformes (le la base y hay toda una puesta en

Esta es la esencia del concepto Disney World: crear una versión falsificada de la experiencia misma.

escena para crear ambiente. Cuando hayamos salido, tendremos la ilusión de haber estado, efectivamente, en una base en el Ártico. Será el recuerdo de una cuasi experiencia, hermana del casi sabor de las frutas del supermercado. Esta es la esencia del concepto Disney World: crear una versión falsificada de la experiencia misma. No se trata aquí de fabricar replicas para la mera contemplación; aquí el público participa, integra la ficción a

su tiempo de vivir, incorporándola a su experiencia. Mientras nos procesan a lo largo de este simulacro de frío ártico (venimos de sudar la fila bajo el sol de la Florida), miro al oso, que tal vez me mira. Hay un cielo de auroras boreales, nieve sintética, gélidas aguas donde flota el iceberg ominoso y morsas, focas y narvales nadan por doquier.

¿Cómo verá todo eso el oso? Engañados sus sentidos, ¿cabrá en su conciencia de animal -ese tejido de apetitos en el puro presente- la percepción de la irrealidad de todo esto que lo rodea y nutre? No lo sabemos. De pronto el oso se voltea y defeca hacia nosotros. Es un inmundo chorro de diarrea que mancha su peluda piel blanca y deja un rastro de malas digestiones sobre la nieve de mentira. No es en modo alguno como las saludables deposiciones semiblandas que recordamos del documental *Nanook of the North* de Flaherty. ¿Será el estrés del cautiverio o el efecto del engaño, la ficción de este hábitat que simula su perdido hogar sin barreras? Este Ártico casi perfecto que engaña su nostalgia y lo aprisiona, ¿no será la causa de sus desarreglos? Hemos dominado la Naturaleza; ahora la reproducimos *in vitro*, falseada y reducida, con todo y animales. De pronto me parece entender el sentido profundo de la prohibición islámica de reproducir figurativamente el mundo real. El mundo es creación divina y copiarlo es jugar a Dios, la suprema blasfemia. Es el mismo sentido que late en el tabú de la manzana, única prohibición del perdido Paraíso cristiano, o en la creencia, entre los Uros de lago Titicaca, de que fotografiarlos les roba el alma. Es un antiguo y repetido terror que asume muchas formas, desde vértigo del espejo de Borges a los muñequitos traspasado de alfileres de la hechicería haitiana. Pero es siempre el mismo: el terror a la falsa vida -la vida es lo que Calderón llamó "sueño" hace trescientos años, hoy se llama enajenación-. Encapsulados en el mundo construido por nosotros, nos reinventamos homúnculos de esta triste era, consumidores de nuestros productos y consumidos por ellos.

Las criaturas silvestres, acondicionadas con benevolencia a la falsa vida de un hábitat ficticio, se contagian de nuestra inefable tristeza y la reflejan. Igual que la nuestra, es una tristeza Disney, disfrazada de bienestar y, a veces, de alegría. Se ven

gordos y bien alimentados, igual que nosotros, y cuando la orca Shamu salta y moja a los niños del público, parece feliz. Sin embargo, su aleta dorsal está mustia, doblada hacia abajo, una señal de tristeza en las orcas. En Bush Gardens los chimpancés también parecen felices. La recreación de su hábitat es maravillosa, diríase que uno está con ellos en el corazón del África ecuatorial, apenas separados por un estrecho foso. Andan por ahí, solos o en grupos, en total despreocupación y bienestar. Uno de ellos está haciendo algo raro, como si se rascara el trasero.

-Look! He is eating doo-doo!-exclama una vocecita infantil entre el público.

En efecto, nuestro primo— hermano en la evolución de las especies se está comiendo su propia caca. Nos fijamos en otro chimpancé, más allá, y todos están haciendo lo mismo. No parecen estar jugando. Agachados como los humanos, esperan con mucha seriedad y concentración a que les salga. Es un proceso que se torna su tiempo. Lentamente defecan en la mano y, luego, enarbolando el producto de sus tripas, como si fuera un cono de mantecado, se lo comen al completo con muchísimo gusto. Es una conducta demencial y aberrante (ninguna especie se retroalimenta con sus propios excrementos), la misma que del lado de acá observamos en los locos y los drogadictos. ¿Por qué enloquecen si lo tienen todo? Deberían disfrutar la felicidad del mantengo absoluto que Bush Gardens ha de ser para ellos. ¿Será porque les hemos escamoteado la verdadera vida, sustituyéndola por un facsímile?

Entre gorilas

Más adelante están los gorilas. Es fascinante, podemos verlos a centímetros de distancia al otro lado de un cristal contra el que a veces se apoyan. Miro al gorila a

los ojos, muy ole cerca, y es estremecedora su mirada, tan humana .También aquí es perfecta la recreación del hábitat natural de estos gigantes de la selva, en las brumosas montañas de Ruanda. Tienen aquí hasta una máquina humidificadora que fabrica la niebla a la que están acostumbrados, nos ex plica el guía. ¿Qué más cerca se puede llegar de la perfección mimética? Sólo uno de esos cascos computerizados que fabrican una realidad virtual pudiera tal vez superarla. Cuando esa tecnología cíe *virtual reality* se haya perfeccionado, no habrá necesidad de levantar estas gigantescas maquetas del mundo, a lo Disney World, para divertirnos. Obviada la realidad, nos bastará estimular con una máquina sólo la sensación de andar por el mundo -colores, formas, desplazamientos, olores, sabores, texturas- que las terminaciones nerviosas envían al cerebro.



El círculo de la completa irrealdad se habrá cerrado entonces, grado cero de la soledad humana, volcados sobre nosotros mismos en perfecta pirueta de onanismo existencial.

El gorila me mira y yo le miro. Nos miramos. ¿Creerá en mi existencia? Al otro lado del cristal, mientras me mira, regurgita de pronto en la palma de su mano y lame su propio vómito, interminablemente.